



LA PASIÓN DE LEER

ANTONIO BASANTA REYES*

RESUMEN. Reflexionar sobre el hecho de leer, sobre su proceso, su magia y su misterio, es, a su vez, una apelación directa a nuestra propia identidad. Somos lo que leemos al tiempo que leemos lo que somos.

Más que nunca nuestra capacidad de independencia, la formación de nuestra libertad, el cultivo de nuestro propio criterio necesita de modo más imperioso la lectura. Porque sólo ella es capaz de construir el puente que lleva de la información al conocimiento.

La lectura requiere de una inserción específica en el proyecto educativo de cada centro, en la planificación curricular.

Es necesario impulsar las bibliotecas escolares para lograr que definitivamente la lectura encuentre el recinto que le pertenece y que requiere para su seguro desarrollo.

ABSTRACT. Reflecting upon the task of reading, upon the process thereof, its magic, its mystery, is a direct appeal to our own identity. We are what we read, whilst by the same token, we read what we are.

Our capacity for independence, the shaping of our freedom and the cultivation of our own judgement requires reading more than ever. Because only reading is able to build the bridge leading from information to knowledge.

Reading should be specifically included in each school's mission statement and when planning the curriculum.

We need to encourage school libraries to once and for all give reading the status it deserves and requires for its continued safe development.

*«Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído» (Jorge Luis Borges: *Elogio de la sombra*. Emecé, 1969).*

«Escribo acaso para los que no me leen. Esa mujer que corre por la calle como si fuera a abrir las puertas de la aurora. O ese viejo que se aduerme en el banco de esa plaza chiquita,

(*) Vicepresidente Ejecutivo y Director General de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

mientras el sol poniente con amor le toma, le rodea y le deslíe suavemente en sus luces. Para todos los que no me leen, los que no se cuidan de mí, pero de mí se cuidan (aunque me ignoren). Esa niña que al pasar me mira, compañera de mi aventura, viviendo en el mundo. Y esa vieja que sentada a su puerta ha visto vida, paridora de muchas vidas, y manos cansadas. Escribo para el enamorado; para el que pasó con angustia en sus ojos; para el que le oyó; para el que, al pasar, no miró; para el que finalmente calló cuando preguntó y no le oyeron. Para todos escribo. Para los que no me leen sobre todo escribo. Uno a uno, y la muchedumbre. Y para los pechos y para las bocas y para los oídos donde, sin oírme, está mi palabra». (Vicente Aleixandre: *En un vasto dominio*. Alianza, 1962).

Reflexionar sobre el hecho de leer, sobre su proceso, su magia y su misterio, es, a su vez, una apelación directa a nuestra propia identidad. Somos los que leemos al tiempo que leemos lo que somos.

Porque la lectura no es un hecho ajeno, inocuo, elemento subsidiario de nuestro periplo como personas. Antes bien, y desde el máximo respeto a quienes libremente no desean leer, la lectura –isepámoslo bien quienes a ella nos acercamos!– es un elemento de transformación y convulsión. Algo que, una vez se conoce y practica, cambia de manera radical nuestra existencia. Y no para hacernos más ricos. Ni más afortunados. Ni siquiera mejores. Sí para acercarnos a las grandes preguntas de la vida. A aquéllas que sólo se pueden responder con nuevas preguntas. A las que, dotándonos de una ignorancia socrática inteligente, en suma nos pueden conducir a una mayor felicidad.

Nada más, y nada menos, supone el hecho de leer.

Una lectura que no debe responder tan sólo a los imperativos de la utilidad o al cultivo de una destreza exclusivamente ligada a los procesos de información y aprendizaje (la verdadera lectura siempre tiene que ver más con la educación que con la instrucción) sino que se alce como una de nuestras más genuinas expresiones y proyecciones. Que se convierta –y nos convierta– en una búsqueda, en un anhelo, en una sorpresa continuada; en una permanente invitación; en un vicio del que únicamente nos pueda consolar, nunca curar, su propio y permanente ejercicio.

Como en la vida.

Como en el amor, tan próximo a cuya seducción toda lectura se manifiesta.

Al igual que en éste, lector y lectura se buscan y se encuentran. A veces, desde la fortuita casualidad. A veces, como fruto de una indefinible intuición. Otras, como fin de una larga peripecia que culmina, desde la noche oscura del alma, en una posesión interminable. Y en un deseo de que semejante experiencia jamás culmine («Leer es desear que un libro no se acabe nunca», nos respondió un día uno de los socios de nuestra Fundación en Salamanca, respondiendo así a nuestra pregunta de qué era para él leer).

También como en el amor, lector y lectura sólo existen por y para el otro: desde la entrega mutua y absoluta. Y desde su más profunda mismidad. Porque la lectura, entendida en su sumo grado, requiere una experiencia tan personal e intransferible que cuanto la rodea queda impregnado de algo intensamente íntimo, a lo que uno arriba desde sus alcobas más características. Leemos con nuestros ojos, con nuestras manos, pero también, ¡y de qué manera!, con nuestros sueños, con nuestros recuerdos, con nuestros sentimientos, con nuestras fantasías.

Y nuestra es también esa voz principal que, de modo tan peculiar, resuena siempre en cada una de las lecturas que realizamos, tan propia, tan personal, que sólo nosotros somos capaces de percibirla. Una voz interior que, imposible de ser escuchada jamás por los demás, es nuestra fonación más genuina, aquélla que, estando presente en todo lo que leemos, hace también más propio y personal el material leído.

Es, por tanto, nuestro mundo interior en su totalidad el que acoge, acomoda, amplía y enriquece cualquier lectura, en una experiencia que no admite ni la impostura ni la falsedad. Algo que crece y se desarrolla desde nuestro propio ser, en un aparente soliloquio poblado de innumerables voces, en una proximidad absoluta, que requiere, tantas veces, la más celosa de las reservas.

¿Será por ello por lo que, con frecuencia, nos sentimos molestos cuando percibimos que alguien a nuestro lado, por encima de nuestro hombro, ha posado su vista sobre el texto que nosotros en ese mismo momento estamos leyendo?

Una sensación de invasión, de violación de un mundo que sólo a nosotros nos pertenece, nos incomoda. Y es éste un hecho que no puede explicarse por ningún motivo físico. Desde luego, la mirada de un ajeno no desdibuja las líneas de lo que leemos, ni modifica la condición del papel sobre el que está impreso el mensaje, ni perturba en los más mínimo ninguno de sus rasgos tipográficos. Y, sin embargo, esa incomodidad existe y persiste. No puede ser fruto sino del saber a ciencia cierta que alguien, sin permiso previo, subrepticamente ha penetrado esa recogida privacidad que, como lectores, hemos fraguado con los contenidos de nuestra lectura.

Y, con decisión, tratamos de liberarnos de semejante intrusión, lo que tantas

veces nos lleva a una mirada reprobatoria, a un gesto de enojo, cuando no a detener bruscamente nuestra lectura, o a buscar físicamente otro lugar en que acomodarnos, retornar a nuestra insularidad lectora, y poder proseguir el diálogo infinito (¿Quién lee a quién? ¿El lector al texto o el texto al lector?), como intentando protegernos del acoso, conscientes de la «indefensión» a que todo lector se arriesga en tanto lee. «Cuando leemos somos extremadamente vulnerables...», dice Stephen Vizinczey en su *Verdad y mentiras en la Literatura* (Seix Barral, 2001). George Steiner, en su *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano* (Gedisa, 2000), aún va más allá:

Conjuramos la presencia, la voz del libro. Le permitimos la entrada, aunque no sin cautela, a nuestra más honda intimidad. Un gran poema, una novela clásica nos acometen; asaltan y ocupan las fortalezas de nuestra conciencia. Ejercen un extraño, contundente señorío sobre nuestra imaginación y nuestros deseos, sobre nuestras ambiciones y nuestros sueños más secretos.

Esa fusión plena de nuestro ego con la lectura es la que también explica que casi ninguna otra acción sea compatible con el hecho de leer. Apenas el casi automático deambular de nuestros ojos por entre las líneas; el cuidadoso avanzar de nuestras manos entre las páginas de la obra, siempre acunada entre ellas; si es caso, el sonido reconfortante y envolvente de una música que ponga un fondo de ajenas melodías a nuestra lectura... Sólo podemos leer desde la totalidad de nuestro ser, desde la entrega más radical y absoluta.

Recuerdo que, hace ya varios años, tuve la oportunidad de visitar una exposición

que, sobre el cerebro humano, se celebraba en el maravilloso Museo de Ciencias Naturales de Londres, en ese coqueto y señorial barrio de Kensington, tan cercano al lugar en el que Peter Pan, Wendy, los Niños y las Hadas seguirán viviendo por nunca jamás.

En la sala que cerraba dicha muestra, y a gran tamaño, se mostraba la reproducción de un cerebro humano. Sobre él, un conjunto de focos iluminaba las zonas que en él entraban en actividad según uno desempeñara cada una de las acciones humanas, perfectamente ordenadas, que se registraban en un tablero adosado a una de las paredes del recinto. Delante de cada una de las acciones propuestas, había un botón de color que, al pulsarse, hacía que los focos que sobrevolaban la reproducción de aquel cerebro iluminasen tal o cual zona cerebral de las cincuenta y seis que, de manera exacta, lo componían.

Sorprendido, inquieto e interesado comencé a desvelar el juego. Y así comprobé que, al escuchar música, más de veinte de las zonas propuestas entraban en luminosa actividad. Cinco tan sólo eran las que se encendían –ilustrativa imagen– cuando contemplábamos un programa de televisión (¿Será por ello por lo que en televisión una flor no huele nunca? ¿O que el más succulento programa sobre cocina jamás es capaz de generarnos el menor apetito?).

Por unos instantes dudé en pulsar el botón que, a medio camino de las actividades propuestas, señalaba lectura. Pero al final, como casi siempre en mi vida, pudo en mí más la curiosidad y, con cierto temor, lo presioné. El espectáculo que entonces presencié aún me conmueve. La práctica totalidad de los focos se encendieron, iniciando a su vez un febril parpadeo, queriendo mostrar así que en ese preciso momento, en el instante mismo de leer, todo nuestro cerebro entra en

ebullición. Y es que, en un libro, claro que las flores huelen, exhalando hasta la más sutil y delicada fragancia. Y las comidas apetecen, como aquellas inolvidables meriendas repletas de mermelada de jengibre, de pastel de jamón y gaseosa que los Jorge, Jack, Dolly y Lucy paladeaban en los relatos de Enid Blyton que me iniciaron como lector, y que llevo prendidos en mi memoria en el mismo rincón en que la luz estalla como símbolo de aquellos ya tan lejanos, y tan presentes, veranos de mi primera adolescencia.

La pasión por leer. No sé de qué otro modo podría definirme como persona. Ni como profesional. Nada en mí es sin la compañía de esa lectura horizonte y camino, principio y meta, ensoñación y evidencia. Y así hago más las hermosas y reveladoras palabras del siempre revelador Fernando Savater cuando, en su artículo «El lector apasionado», escribe:

El hecho de leer –ese misterio absorbido– es lo más notable que me ha ocurrido en la vida, más que los dulces espasmos del amor, más que la camaradería de los amigos, más que la certidumbre horrorosa e incomprensible de la muerte (...), más que la vida misma, porque el menester de vivir me parece subyugado a la ocasión de leer que lo rescata lo mismo que las peripecias de un viaje poco confortable son inferiores al paisaje deslumbrante o el irrepitible monumento artístico que recompensa nuestro desplazamiento... y ello aunque sabemos que el uno no nos hubiera resultado deslumbrante ni el otro irrepitible sin las necesarias penalidades del viaje.

Ya está: sólo soy un lector. Lo demás es miseria o corolario (Fernando Savater: *Loor al Leer*. Aguilar, 1998, pp. 33-34).

A impulsos de la atracción lectora me construyo día a día. Me alimento de las

palabras, de las imágenes, de las infinitas sugerencias que la lectura me proporciona, fundiendo pasado y presente, rompiendo las barreras de mi propia limitación, dejándome llevar, como de la mano, a un espacio que tantas veces, desde lo ajeno, me retorna a mí mismo. Porque en cada uno de los demás es donde residimos cada uno de nosotros. A través de ellos, del modo en que nos conocemos. En ellos y por ellos, está marcado el camino que usamos para alcanzar nuestra propia meta personal.

Y en dicha experiencia, la lectura es imbatible. Como escribe Quevedo, como reafirma Whitman, en los libros y desde los libros hablan los hombres. Aquéllos que, como nosotros, esperaron, desesperaron, acertaron y erraron con similar ineptitud. Y es, desde ellos, también del modo en que podemos hacernos personas.

«Los hombres no nacemos en la Humanidad –apostilla lúcidamente Fernando Savater en su *El valor de educar*–. Nacemos para la Humanidad».

O, dicho de otro modo, los hombres para ser personas requerimos de todo un proceso iniciático que exige del contacto con los demás; del contacto real, de la cada vez más necesaria socialización, y del metafórico: de ese asomarse a la vida de los otros, para con ellos compartir peripecias y sueños, anhelos y frustraciones, emociones y sentidos sin los que definitivamente quedaríamos incompletos.

He ahí la dimensión radical e imprescindible de la lectura: la de alzarse como una de las formas más complejas y completas del edificio personal.

Pienso, luego existo, sentenciaba el filósofo clásico. Permítaseme parafrasear semejante afirmación: «Leo, luego existo». Y no como una experiencia que nos separe de la vida real –nada repruebo más

que semejante actitud, esa forma de erudición libresca insoportable que, como en sus *Soledades*, nuestro Lope de Vega definiría desde el «cómo se sufre a sí mismo, un ignorante soberbio»– sino precisamente la que nos lleve de su mano a exprimir de la vida todo lo que de estimulante y atractivo la misma posee. Leer para vivir, sí; también para revivir. Que sólo las vidas releídas, como los libros, son las que merecen realmente la pena.

Así definida, la lectura jamás puede ser obligada ni impuesta. Antes bien, libro y lectura deben siempre escribirse con ele de libertad («Més llibres, més lliures»– «Más libros, más libres», reza el acertado slogan del Año Internacional del Libro y la Lectura que, en 2005, se celebra en Barcelona). La libertad de aquéllos que, una vez conocida la lectura, decidan rechazarla: o la de quienes, descubiertos sus encantos, eternamente a ella sigan ligados, aunque sólo sea para tratar de hallar algún día ese libro único que, según Alberto Manguel, sólo está escrito para cada uno de nosotros. Y que, eso sí, sólo es capaz de desvelarse en el periplo lector.

La lectura, así pues, antes como un derecho que como un deber. Como un mundo que ofrecer a todos nuestros semejantes. Como una experiencia que todavía requiere nuestro mayor esfuerzo por lograr que la misma pueda ser conocida, admitida o rechazada por el conjunto de los ciudadanos, en auténtica igualdad de oportunidades.

Lento y penoso ha sido, en tal sentido, el camino que en España hemos tenido que recorrer a lo largo de nuestra Historia como pueblo. Y aún sustancial el que nos queda por transitar en la actualidad.

En este año 2005 en que la cultura universal celebra el cuarto centenario de la publicación de la novela por antonomasia, y refiriéndonos al tema que nos

ocupa, justo es recordar la cruel lección que Cervantes nos propone en aquel pasaje en que, para curar a Alonso Quijano el Bueno de su imperdonable locura de creer en lo ideal, en la necesidad y sentido de los valores absolutos, cura, barbero y ama deciden dar pasto a sus libros.

Y así es, como a excepción de unos pocos, se queman en la hoguera tantos y tantos ejemplares que componían su personal biblioteca, o lo que es lo mismo, su personal biografía, que una forma extraordinaria de conocer la vida de un hombre es saber lo que ha leído.

Más allá del valor que la peripecia novelesca aporta al relato, más allá de la condena a una literatura que, en muchos de sus sucedáneos, había alcanzado ciertamente cotas risibles, también en este episodio, como en tantos otros de su obra, lo escrito sobrepasa lo anecdótico y se convierte en un paradigma. Porque, a través de semejante suceso, Cervantes también nos sitúa ante el espejo de una de nuestras más crueles realidades nacionales: una sociedad que hace culpable a los libros y a la lectura. Y, sin duda alguna, consciente también de su poder inmenso, pretende acabar con ellos, apartarlos del común de los ciudadanos, enclaustrarlos, censurarlos, restringirlos al conocimiento de unos pocos, alejarlos de la vida y las aspiraciones del conjunto.

Y es que, en España, libro y lectura —a pesar de ser el nuestro, en sus inicios, un territorio especialmente permisivo a la implantación de la imprenta y la libre circulación de los ejemplares— fueron definitivamente, y salvo honrosas excepciones, territorios vedados.

Razones de carácter histórico, cultural, sociológico, económico y religioso están detrás de todo ello. Y, de ahí, que nada extraño sea contemplar cómo nuestro país ingresa en el aún tan próximo siglo XX con

una de las tasas de analfabetismo más elevadas del mundo occidental.

Según datos contenidos en la obra *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*, publicada hace algunos años por nuestra Fundación, y dirigida por el profesor Agustín Escolano, en España, en 1900, el 64% de la población masculina y el 72% de la femenina eran analfabetos totales. Y tales porcentajes aún adquieren tintes más dolorosos cuando comprobamos la realidad territorio a territorio y encontramos provincias como Ciudad Real, como Orense, como Lérida, como Málaga, como Alicante... —y son tan sólo algunos ejemplos— cuyas cifras medias de analfabetismo sobrepasan sobradamente el 85% de sus habitantes.

Ése fue nuestro punto de partida. Algo que aún tardaría en modificarse de un modo sustancial varias décadas. Y que sólo se erradica como problema en los tan cercanos años ochenta, cuando por fin España logra que el conjunto de su población infantil y juvenil, obligatoria y gratuitamente, tenga acceso a la educación primaria.

Y es ésta, a su vez, una condición que, por insólita en nuestra particular Historia, y por su potencial valor no podemos ni debemos desaprovechar. Semejante esfuerzo ha de significar definitivamente la incorporación de la causa lectora a nuestras vidas.

Y hacerlo, desde la perspectiva de una lectura que, en nuestra sociedad contemporánea, ha ampliado notablemente su semántica (más de cien formas distintas de la misma define la última edición del *Diccionario de Lectura y términos afines* de la International Reading Association), abarcando nuevos y prometedores territorios.

Porque hoy, al hablar de lectura, nos seguimos refiriendo, claro está, a la lectura que las palabras requieren en un texto;

pero, ¿cómo olvidarnos de la lectura audiovisual, con su mecánica y sus arcanos, de la que tan analfabetos somos a pesar de vivir en un entorno poblado por completo de imágenes? ¿Y cómo hacerlo de la lectura que nos brindan los nuevos soportes de transmisión de la información, de éstos que, con tenaz perseverancia terminológica, seguimos denominando nuevas tecnologías? ¿O cómo no mencionar la lectura de las ilustraciones, de los cómics y mangas, de la publicidad, de las artes plásticas en toda su extensión y aún la derivada de la antropología, de la psicología, de la historia, de la sociología, de la política...? En suma, de esa realidad en la que vivimos, ojalá aún con la ilusión de cambiarla para hacerla mejor.

Un mundo que, además, por su propia y reciente configuración, deposita en la lectura una responsabilidad estratégica fundamental.

El aire que respiramos en nuestros días, como decía aquel viejo slogan aplicado a la publicidad, está compuesto de oxígeno, nitrógeno e información. Nunca como ahora la Humanidad ha tenido mayor capacidad de producción informativa. Y jamás ha poseído más y más potentes medios de transmisión de la misma. Los documentos impresos se han multiplicado por más de 30 en sólo los últimos 12 años, y los mensajes textuales –al impulso también de ese nuevo caballo alado llamado Internet– nos inundan por completo. Nuestra sociedad es básicamente información.

Pero información a la espera, inútil y alienadora si no es mediante el sortilegio del ejercicio de la lectura. Sin ella, estaremos expuestos a un aluvión que terminará sepultándonos –se puede «morir» por defecto informativo, pero también por exceso - cuando no a una aparente condición de informados, más bien de uniformados, proveniente de una lectura de

zapping que nos hará caer en la cultura del placebo, limitando extraordinariamente nuestra libertad y capacidades individuales y colectivas (Ya lo ampliaba Schumacher cuando, en su obra *Lo pequeño es hermoso*, afirma: «Más educación puede ayudarnos sólo si produce más sabiduría»).

Ahora estás empezando el día y un veinticinco por ciento de tu alma está ocupada ya por la publicidad y por las noticias. Esta noche, cuando te acuestes, toda tu vida personal se habrá borrado, diluida en la ficción de acontecimientos externos cuyo conocimiento no te habrá hecho mejor. Aunque, tal vez, mientras se te cierran los ojos escuchando el último informativo, puedas pensar unos segundos en ti mismo o en quienes te rodean, y adviertas, como en una revelación, que el precio de saber todo lo que le pasa al mundo es el de no saber lo que te pasa a ti (Juan José Millás, *El País*, 1998).

Más que nunca nuestra capacidad de independencia, la formación de nuestra libertad, el cultivo de nuestro propio criterio necesita de modo más imperioso la lectura. Porque sólo ella es capaz de construir el puente que lleva de la información al conocimiento. Ella es la llave de plata a la que se refiere José Antonio Millán en su brillante ensayo *La lectura y la sociedad del conocimiento* (Federación de Gremios de Editores de España. Madrid, 2001). Ella la que nos permitirá soslayar el hartazgo o la indiferencia, y consolidar nuestro propio criterio, edificar nuestras propias conclusiones, alimentar nuestra permanente actitud de curiosidad y aprendizaje, único camino que nos conducirá al saber.

Y es ahí donde la sociedad necesita generar una reacción decidida y urgente.

Una labor que debe comenzar en las propias familias y llegar al ámbito social más extendido, a través de la labor imprescindible de las bibliotecas públicas.

Pero nada de ello se sostendrá si no pasa a través de la labor fundamental, imprescindible y, con demasiada frecuencia olvidada, de la educación.

¿Y cuál es el papel que en la escuela reservamos a la lectura?, cabría aquí preguntarse. ¿Qué función ocupa la lectura en nuestros currículos? ¿Qué formación se da a maestros y profesores para que puedan desarrollar con eficacia semejante desafío? ¿De qué modo se implica el conjunto de la comunidad escolar, madres y padres incluidos, en tal afán? ¿Y de qué instrumentos disponen nuestras escuelas para lograr ese triple objetivo de saber leer, poder leer y querer leer que, como una hermosa formulación, definiría la plural dimensión de la lectura a la que nos estamos refiriendo?

Preguntas a las que es necesario y urgente dar respuesta si queremos que nuestra escuela, más allá del esforzado y generoso esfuerzo de muchos de los que la pueblan, afronte solidariamente, con coherencia y eficacia, las demandas que se le presentan.

Solidaridad que, también en el caso de la lectura en la escuela, se convierten en condiciones indispensables. Porque ese saber leer, poder leer y querer leer es algo que compete al conjunto del claustro, sea cual sea la materia que cada profesor imparta. ¿O es que es defendible que la lectura sea tan sólo importante para las áreas lingüísticas o, por extensión, materia exclusiva tan sólo para las relacionadas con las Humanidades? ¿Acaso no es tan necesaria para materias como las Matemáticas, las Ciencias Naturales o la Química...? Y, más aún, ¿no es cierto que más de un lector nacerá no sólo desde la experiencia de la lectura

literaria sino, en función de sus aficiones y personalidad, desde el atractivo que otros temas suscitan para ellos?

Hace años, cuando ejercía mi añorada docencia en la Escuela de Formación del Profesorado, visitamos centros afines en la cercana Francia. Y me llamó poderosamente la atención el axioma en el que prácticamente todos ellos coincidían. Grabado a fuego en un frontispicio inexistente físicamente, pero presente en todos los centros que visitamos, había una máxima que decía: «Usted es primero, y antes que nada, profesor de francés y, además, de la materia que le corresponda».

Pues eso es lo que defiendo con respecto a la lectura, sin duda, por otra parte, uno de los nutrientes básicos de nuestro lenguaje y, por tanto, de nuestro pensamiento. «Usted es, antes que nada, maestro, profesor de lectura y, por añadidura, de la materia que le corresponda».

Sólo si somos capaces de abordar con éxito la construcción de una actitud lectora –que, no lo olvidemos, requiere de un esfuerzo inicial–, si generamos una acción mantenida en el tiempo –también la lectura es una causa cuyos frutos se logran a medio y largo plazo–, combinación de diversos y continuados estímulos, enriquecida por la diversidad de las propuestas, animada por la aventura/excitación del descubrimiento y de la atracción, sometedora de la normativa y de la obligación y fruto más del contagio que del dogma, la condición lectora será patrimonio permanente de nuestro alumnado. Que a leer, como a casi todas las cosas importantes de la Vida, también llegamos por imitación, por ósmosis, porque la lectura «no es exclusiva ni de la razón ni del cálculo, sino de la pasión y el sentimiento», como afirma Victoria Camps (*La lectura en España*. Federación de Gremios de Editores de España, 2002).

Y no hay mejor imagen para nuestras alumnas y alumnos que la de un claustro verdaderamente lector. La de un conjunto de maestros, de profesores, que hagan de la lectura una práctica y una celebración cotidianas; que de ella hablen con sus alumnos; que la exhiban de un modo natural, porque también de un modo natural forma parte de sus vidas. Que, en el fondo, se convierta en uno de los núcleos básicos de su proyecto educativo. Todo lo que no sea esto apenas logrará superar la condición de la retórica o el voluntarismo.

Por lo tanto, la lectura en la escuela, y por ende en la planificación educativa oficial, no puede seguir siendo un ejercicio de improvisación, motivo de atención complementaria o subsidiaria en la acción escolar, sólo surgida por generación espontánea o de manera esporádica y azarosa. La lectura requiere de una inserción específica en el proyecto educativo de cada centro, en la planificación curricular. O, dicho de otro modo: la lectura necesita de su tiempo y de su espacio. No hacerlo así, desde mi modesta opinión, nos condenará de nuevo al fracaso, especialmente doloroso y contraproducente por las circunstancias contemporáneas a que antes aludíamos. Y a nuevamente cosechar los más que desconsoladores resultados que el último Informe PISA 2003 evidencia.

Lo que en dicho informe se contiene es, digámoslo con toda claridad, y al menos en lo que compete a los territorios lectores, una clara descalificación a nuestra estrategia de formación de lectores en la escuela, que es lo mismo que decir un claro suspenso al conjunto de la sociedad que a través de ella se proyecta.

Si, a la luz del informe PISA, en cuanto a competencia y frecuencia lectora, nuestros alumnos apenas logran alcanzar unos resultados ínfimos en comparación

con otros países y, lo que aún me parece más grave, sus habilidades lectoras descienden conforme ellos avanzan en su proceso educativo, hemos de admitir que algo grave está fallando. Que estamos fracasando en nuestros propósitos. Y que es muy importante –por no decir obligatorio– que empecemos a modificar actitudes y sistemas a la mayor velocidad posible, sabedores de lo que nos jugamos si no lo hacemos. Y acometerlo con prontitud. Y con espíritu abierto, que la necesidad no está reñida con el optimismo (Hagamos nuestros los hermosos versos del poeta catalán Miquel Martí i Pol: «Que todo está por hacer... y todo es posible»).

Un tiempo para la lectura.

Y al hablar de tiempo me refiero a un conjunto de circunstancias que deben presidir nuestra estrategia lectora escolar: un tiempo para iniciarse en la práctica de la lectura, a ser posible temprano, capaz de llegar antes de que la mente de nuestros pequeños alumnos queden tan sólo «amuebladas» con la estructura de lo audiovisual que los envuelve y domina (no lo olvidemos: nosotros, muchos de nosotros, llegamos a la cultura escrita y lectora desde la cultura oral, ambas tan próximas. Hoy nuestros hijos, nuestros alumnos, lo hacen desde la audiovisual, tan diferente); un tiempo para que cada cual viva semejante descubrimiento como una gran aventura presidida por la alegría, por la satisfacción, por la emoción (¿cómo, si no, generar posteriormente una actitud positiva y franca hacia la lectura? ¿cómo llegar a ello si el recuerdo de nuestro primer aprendizaje está ligado a la frustración, la amenaza, la descalificación, el miedo o el ridículo); un tiempo para descubrir muchos textos diversos, para caminar por la prosa, la poesía, el teatro; para hojear y ojear multitud de libros: y periódicos, y revistas, y cdroms, y programas informáticos... ; un tiempo

también para saber que la lectura tiene poco que ver con la velocidad y más con la serenidad y con la calma (por encima de todo, definiendo la lectura amorosa y morosa, aquélla que nos permite disfrutar con el eco y la evocación de cada palabra, de cada situación, de cada personaje); un tiempo para la lectura individual y la colectiva; para la lectura en silencio (tantas veces leer es, como aquella inolvidable novela de nuestro Luis Martín Santos en *Tiempo de silencio*, Editorial Planeta, 1996), pero también para la tan olvidada lectura en voz alta, donde recuperar el deleite de la música de las palabras frente a esa dictadura de la lectura muda, que se nos impuso a partir de mediados del siglo anterior («y llegar a un episodio de suspense... y dejar a toda la clase pendiente en ese punto», como escribe Warren G. Cutts en su ya clásico *La enseñanza moderna de la lectura*. Troquel, 1968).

Y un espacio. El que proporciona el aula, por supuesto, pero muy fundamentalmente el de las bibliotecas escolares.

¿Bibliotecas, qué...?, podrán preguntarse muchos de los lectores que hayan tenido la amable paciencia de llegar hasta aquí. Y la perplejidad no es ociosa. Porque, por paradójico e ilógico que parezca, en España, las bibliotecas escolares han sido y siguen siendo las grandes olvidadas de nuestro sistema de lectura.

Causa verdadera alegría observar la más que favorable evolución que, especialmente en los últimos años, están viviendo las bibliotecas públicas en nuestro país. Aún queda muchísimo terreno por avanzar, es cierto; todavía la distancia que nos separa con los países de referencia sigue siendo notable. Pero no es menos verdad que esas diferencias se van acortando con el paso de los años. Que las bibliotecas, y más aún las bibliotecarias y bibliotecarios que las gestionan, han sabido entender, como pocas otras

instituciones culturales en nuestro país, lo que la sociedad les demandaba. Y se han puesto a su servicio, modificando ancestrales rutinas y certezas, pasando de ser espacios de conservación a verdaderos lugares de promoción cultural, cada día más abiertos a la pluralidad de lectores y fondos, cada vez más atentos a responder a cada una de las necesidades de sus crecientes usuarios.

Es obvio que, para ello, ha habido que generar, al menos, la concurrencia de tres factores claves en dicha evolución: la actitud de los profesionales, la voluntad de los políticos —en justa correspondencia con la presión ejercida por la propia sociedad— y los recursos económicos destinados a ellas.

Y es así como, en prácticamente diez años, en España hemos doblado el número de instalaciones bibliotecarias públicas; hemos aumentado sus colecciones en cerca de un 60%; o, lo que todavía es más alentador, el uso de sus servicios ha crecido al mismo ritmo que lo han hecho los lectores, en un alza que supera de largo el 150%. Y esta respuesta ciudadana, tan alentadora, también tan sorprendente para no pocos, es la mejor expresión de nuestra modernidad y progreso auténtico.

Ante bibliotecas modernas, correctamente instaladas, con horarios amplios y flexibles, personal cualificado a su frente, colecciones extensas y actualizadas y convivencia de la totalidad de los soportes —de los tradicionales a los más innovadores— los ciudadanos responden con interés y entusiasmo, ése sí comparable al que manifiestan otros habitantes de territorios referencia para los nuestros, derribando de manera definitiva esa falacia, tantas veces escuchada, de que el español es «libricida» por naturaleza, condición, tradición o ambiente.

Lógico sería pensar que, a semejante evolución, correspondería, de manera

similar e incluso superior –la existencia de éstas apoyaría el crecimiento y expansión de las bibliotecas públicas– la consolidación de nuestra red de bibliotecas escolares.

Nada más lejos de la realidad.

Cualquier análisis al respecto arroja un panorama desolador. No ya es que las bibliotecas escolares hayan ido a menor ritmo de desarrollo que las bibliotecas públicas, es que prácticamente –y salvo la excepción de algunos territorios, tan ejemplares como insólitos– han permanecido en la más absoluta decadencia, inexistentes físicamente las más de las veces, infrautilizadas con lastimosa frecuencia, dotadas de modo casi insultante y, a pesar del esfuerzo de más de uno, demandadas tan sólo con una tibia convicción, sin el aliento y el impulso que docentes y padres deberían prestarles.

Las razones de semejante situación siguen siendo para mí incomprensibles. Nadie puede sostener hoy que la lectura sea posible sin la escuela. Y nadie tampoco podrá seguir defendiendo que ésta sea posible en el ámbito escolar sin la existencia nuclear de las bibliotecas escolares, por otra parte tan capaces de prestar un servicio a todo el conjunto de la sociedad, en un mejor aprovechamiento de los recursos culturales, siempre tan necesario. Pero, siendo cierto que, en el terreno de la razón, todos coincidimos, no es menos verdad que, en el de la práctica, la inacción sigue siendo escandalosa. Y así, año tras año, reforma tras reforma, las bibliotecas escolares siguen siendo las cenicientas del sistema.

Incluso cuando, como ocurría en la LOGSE, por vez primera, se apuntaba a su importancia decisiva, en el desarrollo posterior de la Ley semejante pronunciamiento se diluyó en la más absoluta penumbra, siendo la nada –la misma Nada que en la *Historia Interminable* de

Michael Ende todo lo devora– el espacio reservado para ellas.

Semejante abandono admitiría todas las calificaciones que caber pueden entre el término irresponsabilidad y el término desidia. Y, sin duda, significa una de las llagas más lacerantes de nuestros planes educativos, cuyas consecuencias son especialmente visibles en los comportamientos lectores de muchos de nuestras alumnas y alumnos –a los que ya anteriormente aludíamos– así como en los índices lectores de nuestro país en general, incapaces de abandonar unas cotas algo paupérrimas, máxime cuando gozamos de una de las industrias editoriales de mayor calidad y producción en el mundo.

De todo ello discutimos ya en el I Encuentro Nacional de Bibliotecas Escolares que, organizado hace ya años, por la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del entonces Ministerio de Educación y Cultura, y la colaboración de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, se desarrolló en Madrid. Fueron aquellas jornadas de intensísimo debate y trabajo, donde una fuerte corriente de ilusión nos invadía a todos, deseosos de que las promesas gubernamentales que se hacían tuvieran feliz cumplimiento. Y sus conclusiones, el mejor alegato que, a favor de las bibliotecas escolares, pudiera proclamarse.

Pero pasó el tiempo. Y los acuerdos se volvieron aire. Y las razones –siempre sinrazones– volvieron a intentar explicar lo inexplicable. Y poco o nada se hizo, abrigados ahora en la argumentación de que todo quedaba en el terreno de las competencias de cada comunidad autónoma y, por tanto, al arbitrio de las decisiones de cada una de ellas.

Y, de este modo, una vez más, las bibliotecas escolares, como la Cenicienta que la simboliza, siguieron escondidas de la luz, ocultas en el espacio más lóbrego de los cerebros de los planificadores,

castigadas también ellas por una falta que jamás hemos sido capaces de saber en qué consistía.

Pero quienes las defendemos, además de convencidos, somos inasequibles al desaliento. Y deseamos aprovechar cualquier nueva puerta que se abra. Y hoy, de nuevo, en España existe un debate sobre nuestro sistema educativo, en el que las bibliotecas escolares debieran definitivamente ver despejadas sus incógnitas.

Existe la suficiente experiencia, la suficiente literatura, las suficientes referencias como para conocer el camino que se ha de transitar. Y, aunque no ajeno a ciertas dificultades de definición normativa, es más que factible emprender la singladura. Y así, al tiempo que las diversas administraciones acercan los nuevos medios tecnológicos a nuestros centros escolares –me sigue resultando sorprendente observar la prodigalidad de recursos que se prometen para la implantación en las aulas de las nuevas tecnologías frente a las dificultades económicas que siempre se arguyen como obstáculo casi insalvable para la creación de las bibliotecas escolares– lograr que definitivamente la lectura encuentre el recinto que le pertenece y que requiere para su seguro desarrollo. Si no, como diría el castizo, habremos dramáticamente construido la casa por el tejado; tendremos centros llenos de conectividad, pero carentes de conocimiento; aulas pobladas de pantallas, pero alumnos que serán realmente incapaces de mantener con ellas un diálogo fructífero y relevante; habremos construido una vistosa fachada –tan apropiada para una foto– pero la endeblez de su estructura nos seguirá cobrando un alto precio.

Para semejante labor de impulso de nuestras bibliotecas escolares, la Fundación Sánchez Ruipérez, que me honro en dirigir desde hace ya más de quince años, en la medida de sus posibilidades, estará

siempre abierta a colaborar, con la ambición de que, por fin, y al cabo de unos años, la realidad de nuestras escuelas responda a lo que nuestra sociedad requiere y demanda. Satisfecha de, una vez más, participar en una labor que justifica su razón de ser y contribuye de verdad al bien común y al progreso.

Y las centenarias bibliotecas escolares, como en el cuento, encontrarán por fin ese zapato de cristal que les devuelva su dignidad. Y su sentido.

Que, como dice Gustavo Martín Garzo:

Si nuestros niños dejan de leer, o nunca han tenido ese hábito, si no llegan a interesarles los cuentos, será en definitiva porque nosotros, la comunidad en la que han nacido, ha dejado de ser visitada por los sueños, y hace tiempo que no tiene gran cosa que contar, ni de sí misma ni del mundo que la rodea. No les culpemos por ello, preguntémosnos nosotros, como el gigante del cuento, dónde se oculta nuestro corazón y qué ha sido de los sueños y los anhelos que una vez lo poblaron (Gustavo Martín Garzo: *El hilo azul*. Aguilar, 2001).

BIBLIOGRAFÍA

- ALEIXANDRE, V.: *En un vasto dominio*. Madrid, Alianza, 1962.
- BORGES, J. L.: *Elogio de la sombra*. Buenos Aires, Emecé, 1969.
- CUTTS, W. G.: *La enseñanza moderna de la lectura*. Buenos Aires, Troquel, 1968.
- ENDE, M.: *La historia interminable*. Madrid, Ediciones Alfaguara, 1998.

- ESCOLANO, A. y otros: *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez. Madrid, Pirámide, 1992.
- INTERNATIONAL READING ASSOCIATION: *Diccionario de lectura y términos afines*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1985.
- MANGUEL, A.: *Una historia de la lectura*. Madrid, Alianza Editorial, S.A., 1998.
- Marcos teóricos de PISA 2003: la medida de los conocimientos y destrezas en matemáticas, lectura, ciencias y resolución de problemas: OCDE*. Instituto Nacional de Evaluación y Calidad del Sistema Educativo, Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid, 2004.
- MARTÍ I POL, M.: *Obra poética* (4 vol). Barcelona, Edicions 62, 1993.
- MARTÍN GARZO, G.: *El hilo azul*. Madrid, Aguilar, 2001.
- MARTÍN-SANTOS, L.: *Tiempo de silencio*. Barcelona, Editorial Planeta, S.A., 1996.
- MILLÁN, J. A.: *La lectura y la sociedad del conocimiento*. Madrid, Federación de Gremios de Editores de España, 2001.
- MILLÁN, J. A. (coord.): *La lectura en España*. Madrid, Federación de Gremios de Editores de España, 2002.
- MILLÁS, J. J.: Madrid, *El País*, 1998.
- SAVATER, F.: *Loor al leer*. Madrid, Aguilar, 1998.
- *El valor de educar*. Barcelona, Editorial Ariel, S. A, 1998.
- SCHUMACHER, E. F.: *Lo pequeño es hermoso*. Tres Cantos, Tursen, S. A. Hermann. Blume Ediciones, 1990.
- STEINER, G.: *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*. Barcelona, Gedisa, 2000.
- VEGA, LOPE DE: *Obra completa*. Madrid, Real Academia Española, 1989.
- VIZINCZEY, ST.: *Verdad y mentiras en la literatura*. Barcelona, Editorial Seix Barral, S. A., 2001.